

Viejo

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

Viejo (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Francisco era un artista plástico que aspiraba a que algún día sus obras encontraran el nivel de Andy Warhol, o que se supiera de él como si fuera un renacido Antonio Seguí. Pero para recorrer al camino de la fama había que superar enormes obstáculos, y adquirir la bienaventuranza de poseer algún mérito especial. Conocía a los arquetipos del arte y a sus medidas, pero no convertía en grandes creaciones a los átomos pesados, ni razonaba más allá de lo común. Y si bien se erguía con seriedad y buena predisposición (con la intuición que no había azar en sus sueños), no tenía suerte: el mundo del arte era ancho, borroso, ambiguo, y había huecos y rupturas que confundían a los nuevos creadores, y a las respuestas elementales no siempre las enhebraban de manera coherente.

Esto, hasta que ocurrió una trascendental interferencia de un despacioso diálogo; apareció el Viejo con sus magníficas proclamaciones, y el objetivo de enseñarle pronto y enérgicamente a las dramáticas instancias del oficio con un *modus operandi* centrado en la disciplina. En ese instante de apariencia ordinario, se vincularon esos dos sujetos que provenían de planos distintos. Sucedió durante un orgulloso día del que del cielo se esparció una brillante luz, y los ojos de los dos hombres se examinaron con la intención de ver lo que había detrás de sus miradas (fue una primera muestra del orden y un rechazo al fluir de lo caótico).

No se rindieron ante desproporcionadas oratorias ni hicieron cálculos matemáticos de las probabilidades, sino que se pusieron a trabajar con erizados músculos y desesperada concentración, por haber perdido vastos minutos que también eran promesas. La relación de lo experiencial con lo existente era innegable, fuera de eso, debían liberarse rápidamente de los pesos inútiles.

Se había dado entre ellos una afinidad que procedería de lo que había del otro lado del tiempo. Hallarían la perfección en algunas variaciones místicas, pero lo buscarían a partir de consustanciarse con lo usual y después de separar lo real de lo que resultaba poco convincente.

El Viejo clamó tener buena voluntad, lo que además sería su peor defecto ya que la mejor idea que interpuso para guiar al otro, fue a través de perseguirlo a los gritos... pero al principio no se quejó de su alumno, y lo alentó con el fin de que no se sumiera en tristes dispersiones que lo llevarían desaprovechar sus cualidades, o a estancarse en lo

completamente infecundo. No había que cabalgar por las distancias que imbricaba lo complejo, ni utilizar artefactos en los que sobreabundaba la disfuncionalidad.

El Viejo no se propuso embrutecerlo, sino aumentar su pasión al agregarle razonamientos duros, lo sometía a la influencia de artistas de otros ámbitos, lo colocaba frente a la belleza que resaltaba sobre las dudas, ya que las certezas recién surgían cuando quedaban abiertas las ventanas que daban al jardín, y la longeva contemplación de lo existente se añadía a los espacios del devenir.

Francisco haría memoria de cada hierba que el Viejo había pisado, muñiría con cemento a las losas que a menudo se partían, y reestructuraría al mundo dentro del taller, con la advertencia que era un disparate el creer que se había comprendido todo y carecería de sentido hacer más experimentos.

Andrea Vínillo, la novia de Francisco, los veía encerrarse dentro del arenoso taller, dedicados en espesas asambleas a graves afanes, con la misión de reconciliarse con lo que hasta entonces sólo formaba parte del pensamiento especulativo. Ese era un lugar poblado con sueños que nunca se infectarían con pesadillas, y donde se alternaban las pacíficas administraciones de los colores con las notables sutilezas de sombras.

Se quedaban absortos en sus puestos, ya que mientras estaban al frente de sus pinturas les daba lo mismo estar metidos en una cárcel, en un establo, o confundidos en el medio de salvajes ruinas. En cualquier contorno sentían las bendiciones del cielo, y sólo se exigían mantener apremiante al movimiento, y evitar al reposo que delimitaba a lo que en definitiva tenía que prevalecer. No existía nada externo que incidiera sobre sus magistrales quehaceres, o los distrajera de la honesta plasticidad de lo que tenían entre manos. No había mosca o misil que pudiera socavar sus ánimos. Como jamás garrapateaban números vacíos, sino que anhelaban la creación de una masiva obra de alcance universal, la entrega colosal era el requisito básico.

Pugnaban por concebir una realidad independiente a las que gobernaban a los demás hombres (aunque tenían plena conciencia de los límites y las energías que los moldeaban), y por comprender con mucho esfuerzo a aquello que exclusivamente se abría por debajo de las superficies. Los invadía la perenne emoción de estar a punto de develar a poderosos misterios.

Andrea no mitigó esos denuedos ni hizo comparaciones poco sabias, y guardaría un afectuoso recuerdo del Viejo, o al menos le conferiría delicadas consideraciones. Él le solía explicar que su nombre engrosaba la lista de una importante cantidad de autores que habían dinamizado las artes, y que los más interpretes recientes debían reconocer como los

habían influenciado. Él había enmarcado la historia con sus paletas, y sus visiones deberían orientarlos en todas las horas.

Ahora, me es indispensable detener por unos segundos a las incipientes notas de este relato, con el interés de dar a conocer que los siguientes sucesos serán narrados según lo que presupuso Andrea... o siguiendo a los atribulados estados de su ánimo. Claro que ella no tenía inclinación por lo artístico, y estaba lejos de entender lo que para el Viejo era un don sagrado (y por ser este esa estratégica condición, lo compilaba dentro de una felicidad jerárquica). Además, Andrea no sabía en absoluto lo que era un Picasso, un Bacon, o Anish Kapoor (ni siquiera certificaba que detrás de esos nombres había enormes prestigios). No es irrespetuoso afirmar que era una completa ignorante en lo que se refiere a transformar símbolos en objetos, pero aquello que veía le resultaba agradable, y acometió con la tarea fundacional de reformar su analfabetismo.

Y en ningún momento usó argumentos condenatorios o indefectibles, sino que mantuvo un estatus de humildad que contrastaba con las histriónicas exaltaciones del viejo.

- "El júbilo no está en la sofisticación, ni en la desmedida abundancia, sino en el sabio gobierno que hace el artista de su pincel", le escuchó decir al Viejo con seguridad. Había disertado con complacencia que aquello invaluable que fabricaba, ratificaba a su prestigio e inmanente heroicidad.

Más adelante, Andrea confiaría en el ardiente saber que les legaría el Viejo, sin sucumbir por las vicisitudes pasadas o aquellas que aún no estaba en condiciones de conocer. Si bien las lunas por un rato se ocultaban, la deslumbrante luz que había en el taller no se apagaba nunca; ahí aplicaban métodos irrefrenables. Andrea escuchaba al viejo durante sus milagrosas interpelaciones, y aceptaba a sus palabras como certeros puntos de partida.

Andrea no se retrasó con lamentaciones, y continuó con normalidad su vida fuera del fuertemente armado atelier, y de las profundidades metafísicas en las que caían los dos hombres cuando atisbaban los secretos con que los que conseguirían dominar a los barullos infernales.

Ella no olvidaba al mundo real, y consideraba útiles los indicios que le dio el Viejo para comprender al arte. El tiempo podía ser una perniciosa vía de escape, pero los tres tenían la suerte de no transitarlo en línea recta, aunque el palpitante corazón de la mujer la instaba a ser práctica.

Había reparado como, durante la jefatura del Viejo, éste le había hecho algunas advertencias extremas:

- "El hombre que no sigue al arte se extinguirá cómo las rosas del jardín durante el invierno".

Y eso no era la presurosa versión de un precepto, sino una extrema responsabilidad a la que se anexaba un castigo implícito. Al Viejo le resultaba cristalino que nadie disfrutaba de alguna dignidad si andaba por el mundo ignorando la primacía del arte, y que no convenía descreer que este era el último término de cualquier bienaventuranza.

Andrea repasó solemnemente esa muy dura transacción que fue repetidamente expuesta por aquel sobresaltado personaje, en una tarde en la que se embrolló porque no pudo permanecer callado. Con sus inventivas, el Viejo alcanzaba la serena perpetuidad, al tiempo que Simbago se hundía infeliz creyendo que había sido abandonado a su suerte.

"El hombre da su vida al arte, y muere con el empeño de mantenerse vivo en el recuerdo de los demás", había dicho el Viejo con sus rasgos afilados por el significado noble propalado por esa sentencia.

El arte era la actividad más elevada, mientras lo que no lo era, trazaba a la desdicha y a las demás particularidades que entretenían los engaños. Y el artista era el servidor de la belleza que iluminaba con su genio a inexplorados ideales; su función era unificar a lo disperso y heterogéneo dentro de un lienzo rígido.

Andrea Vínillo abrió la puerta de la casa para salir a la calle cuyos resbalosos signos no le infundían pánico. Afuera, todo era patrimonio del hombre sano del que nadie hacía una condensada descripción, pero se lo veía contento, oscilando a sus brazos por cada intersticio. La gente hacía inaccesibles argumentaciones al circular por las calles. ahí se simplificaban las cosas.

La joven se paró en una esquina que además era un promontorio, y pensó que las enseñanzas del Viejo sólo habían sido cinismos, embaucamientos pintorescos propagados por aquel que consideraba a la inclemencia como la hacha que trozaba sin piedad a la desidia. Y sin modificar en su mente a los detalles de ese escenario, Andrea concluyó que habían sido muy embarazosa y reticente la información distribuida por ese hombre que a todas luces había sido deshonesto.

Según su fastidiosa erudición, la vida se circunscribía a moverse en concéntricos círculos de colores. En ese minuto lo imaginó marginado de la época y del universo, pero pronto reaccionó diciéndose que eso sería estimular la creación de una fábula, y se demandó más propiedad en la manera en que empleaba los vocablos. Al Viejo no lo consideraría un dictador, sino un apasionado pintor cuyo objetivo era convertir a los

demás al arte.

"¿Cuál es la unidad de medida del mundo para ser considerado un genio?", una vez Francisco lo oyó preguntar a sí mismo, mientras moldeaba el cuerpo de alguien al que le doblaba los hombros, y desarmonizados los vértices de sus piernas como si estuviese enfermo y compungido por el sufrimiento.

El Viejo se respondió: "Lo primero es eliminar a los disfuncionales excesos y así frustrar las consecuencias imprudentes", ese era el consejo de "un viejo que más que nada era un sabio, y quien con pujanzas y sin prisas, destruía a la insuficiencia". Quería acabar con lo monstruoso, cruel, y arbitrario, ya que "con sólo un cuadro bien pintado se salva a la humanidad".

Luego le advirtió a su discípulo que él nunca dictó teorías sosas, y quién no lo quisiera ver, lo lamentaría (tal era el rango autoritario de su personalidad... o la avidez que tenía en que se cumplieran sus aspiraciones). Compartía sus conocimientos con la idea de evitar que el mundo se volviera atroz; el Viejo decidió construir a través de Simbago sus místicos designios, cuestión que anticipó con un estrambótico ceremonial en el momento en que expuso como su filosofía primaria a la trascendencia. Esta se obtenía con la composición de miles de repeticiones, y la anulación lo que era poco convincente.

También, le dijo que el lazo que los unía, duraría para siempre, por lo que, si se operase una separación entre ellos, esta valdría como la justificación de un castigo irremediable.

Diferir sería tapar la luz, y la oscuridad hacía que la gente se perdiera en la tristeza de las noches. ¿Fue aquello una adivinación, un pesimismo radical, o una parte de la vital mentira con que el Viejo se encomiaba? Esa fue la pregunta que se formuló Andrea, cuando no quiso ser olvidadiza, ni dejar caer telones de fondo sobre lo que había corroborado como campañas de fragantes odios. Tal vez el Viejo por no desprenderse de su pasado (o de su vanidad), había sembrado mucho temor al futuro.

Pero entonces, Francisco ganaría millones, tendría varias cuentas bancarias cuyas unidades rebosarían a los redondeles de los ceros, pero sólo si se atenía a las enseñanzas del Viejo, quién machacaba que la riqueza y la miseria eran los dos planos de observación de los mismos acontecimientos. Estas estaban asociadas, una dependía de la desaparición de la otra. Todo sería arte y alegrías, siempre que Francisco se relacionase con las conjunciones estilísticas verdaderas, y no se encaminara con indolencia por el sendero de la falsificación.

En sus divulgaciones que tendían a poblar con ríspidos verbos a fantasías que se desnivelaban de lo real, el Viejo previó que los días se encauzarían

ajustándose a lo que le ocurrió en un sueño que había transcurrido a orillas de un mar, en el que había conseguido vislumbrar a lo inmutable. Había sido testigo del equilibrio, aunque después su voz zumbó quejumbrosa e indignada.

A Simbago le cabía mantener con fortalecidos ánimos a la excelsa alianza que había hecho con su mentor, y trabajar duro en el taller desde las siete de la mañana hasta que se hicieran las diez de la noche, procurando no fijarse en disidencias ni entablar extraviados virajes hacia desconocidas posiciones. Al hacer esa revelación el Viejo colocó su mano izquierda sobre su frente, y no evitó explicitar en qué consistirían las condenas.

Andrea me relató con un amurallado embeleso esa mediación que el Viejo había hecho entre la vida y el arte. Había refulgido con elocuencia, como si ambas formaban una esfera autónoma sin que hubiera algo en el medio que interfiera. El arte iba en contra del olvido, que a su vez era la fase final que coloreaba de negro a la vida.

Según las estridentes estimaciones de ese hombre, las promesas se cumplirían, y llegarían aclamaciones de los críticos en los congresos donde se reunían los maravillados amantes del arte.

Lo que el Viejo había encriptado en sus murmullos, no tenía relación con el presente amarillado por los rayos del sol, sino con el oro atroz: la fama. Y con esta, se produciría la auténtica inserción de Simbago en ese oasis que era la vida (el Viejo solía hablar con tonos misteriosos de aquello que la racionalidad siempre rechazó, como si poseyera conocimientos secretos de lo que en ningún momento se había hecho perceptible).

Sin que le importase ser rudo, el Viejo se fue a vivir al atelier de Francisco; acomodó su equipaje, su ropa, e inspeccionó a las luces que enseguida aprendió a manejar a su antojo, junto con aquello de utilidad que había a su alrededor.

El primer día se levantó bien a la madrugada con expeditivos objetivos. Alzó su rostro en el que se interlineaban hondas y fibrosas arrugas, y proclamó al comienzo, al momento cero del Arte. Los que lo efectuaban, se emperrarían en respirarlo sin fragmentaciones. El hombre se alineaba en el taller como si estuviera dentro de las trincheras de una catastrófica guerra, y en ocasiones se oponía con duros silencios a mal encaminados interrogantes.

La acción de dormir y despertar al día siguiente, no se habría de transformar en un suplicio, porque el Viejo estaba seguro que la roñosa muerte jamás se introduciría en uno de los insustanciales contenidos de los sueños.

De todas formas, captando que esta era un torpe límite a lo máximo que puede llegar el pensamiento, se comprometió a mantener la energía suficiente para no dissociarse de lo material. El Viejo rio con el fin de prevenir que se había zambullido en ríos ficticiales; la muerte no tomaría una agresiva sugerencia en su cuerpo... lo que asimismo era un tópico del que mejor era no hablar.

Francisco se obligó a cumplir con esas augustas previsiones, y no le desconfió, por el contrario, repudió a lo que iba en contra de sus afiebrados valores. Cuando se acercaba a él, siempre llevaba debajo de su brazo a un volumen de la "Historia del Arte" de tan ingente proporción que le cubría el pecho. Se concentraba en estudiar lo que el Viejo consideraba canónico, y con orgullo se interesó en cada una de sus palabras sin importarle que intercalase ambiciones extáticas.

II

Gracias a los consejos del Viejo fue creciendo aquella innata versatilidad suya, tan especial. Trabajó sin manifestar excesos ni demorar los resultados, y con el empeño que sólo reúnen los que son acorralados por las miserias.

Y en exponenciales periodos sus obras se presentaron en las galerías del centro, donde su incalificable estilo pasó de asombrar a la gente, a deslumbrarla. Por ese entonces su adhesión al Viejo lo hacía muy feliz, pero no le asignó ser el origen de su obra, sino un excelente inspirador.

No tardó en paladear al momento de su triunfo que, acorde lo predicho por su maestro, había arribado como el curso de un río invencible.

"El arte es tan fuerte como la muerte, y tienen grandes semejanzas: ambos son intransigentes, hacen viscerales llamadas, y combinan al presente y al pasado en un segundo exitoso. La diferencia estriba en que la muerte vence al hombre...", había dicho el Viejo.

Francisco adquirió renombre y se enriqueció. Muchas personas se deleitaban al verlo andar por las calles, y a toda hora eximios agentes pedían representarlo. Ya no enderezaba a su vida por el humilde barrio de sus orígenes, en donde aún las casonas exhibían sus destrozados tejados, y se veía la ostentosa fachada de lo que alguna vez fue una fábrica, con su chimenea quieta y gigante. Ahora, que ganó una cuantiosa reputación, se paseaba por lujosas áreas residenciales y a su paso no encontraba nada quebradizo.

Sin embargo, se tornó pavorosa su relación con el Viejo. Tensos enconos comenzaron como desbordes que no tuvieron especificidad, a través de palabras lanzadas con la presunción de ser sinceras, pero se convirtieron

en bruscas acusaciones que paralizaron al sorprendido discípulo.

El Viejo le reñía con sus incoherencias hasta las exánimes horas de la noche, incriminándolo en la entrada de disolutas versiones del arte, o achacándole haber perdido el idilio con este. A eso se lo decía con verbos famélicos, como si la voz estuviera estrujando sus tripas. El Viejo se encolerizaba exhaustivamente al señalarle que estaba plagando con invalidez de lo que a menudo hacía. Las horrorosas esfinges en que se enfocaban sus peyorativos discursos, estaban privadas de enlaces internos porque no sostenían al perfil adecuado.

En esencia, esas obras se habían alejado de las formas que propugnaban lo imperial, y se habían impregnado con propuestas modernistas a la degeneración. Francisco Simbago había dejado de lado a las necesarias precauciones con el despropósito de zambullirse en técnicas miserables que se anclaban en lo confuso. El Viejo invocó la injerencia de concomitancias espantosas y de hacer agitados análisis descendió a la agresión.

Sus críticas se hicieron adversas, y el gestarlas no aparejó amables intenciones, sino esparcir la crueldad, y desencadenar irrefrenables cascadas de torturas psicológicas. Estaba genuinamente asolado por la mecanización que Francisco le infundía al pincel, y calificó de porquerías a las obras en las que porfiaba tanto. Enumeró una serie de artículos que habían sido mal abordados, y le confesó su escepticismo, ya que no había absorbido las simples enseñanzas que le había impartido.

Francisco se había aferrado al abismo y ya no tenía sentido descodificarle secretos del arte. El Viejo clamó ser consciente de haber contribuido a la aparición de un engendro, y gimió porque sus sabidurías fueron utilizadas para el agrandamiento de las preexistentes deformaciones del mundo.

Había prometido a Francisco fama y fortuna, pero no le quedó otra alternativa que endilgarle una hambruna cadavérica. La indignación del Viejo con eso no se sació, sino que hizo un inventario completo de sus fraudes. Las manos de Francisco habían sido picadas por víboras que se desplazaron de abruptos arenales, y su arte no tenía consistencia, ni la capacidad de comunicar algo.

Aquello derivó en un rápido tránsito de amenazas que delinearon un pandemonio que hacía imposible que Simbago se consagre a la creación.

Francisco, pensó que no tenía por qué acogerse a tales agravios. Ese griterío debilitaba su confianza en sí mismo y aumentaba su desazón. Entonces deseó la evasión del Viejo jactancioso, o que la tierra se lo comiera crudo... que le vaya bien o mal, pero lejos; eran insoportables los trastornos que le ocasionaba. El joven no tardó en anhelar su

autonomía.

Durante una interrupción en las discusiones que solía propiciar, y con la idea de ilustrar un punto que en verdad era inescrutable, el Viejo imprimió en un molde de cera a la cara de Simbago, en cuya frente le puso gruesas bisagras, y pronunciando palabras en un deteriorado idioma, la quebró. Así, el ficticio rostro de su discípulo quedó manchado con grasa y su cráneo partido.

Ese aspaviento dantesco desmoronó como una montaña de piedras, a la paciencia de Francisco. No se había tratado de una maniobra inculcada de fines persuasivos, sino la rotunda llaneza de su vocación destructiva. Con esa desequilibrada prueba, el Viejo acaba de romper la sociedad que habían formado; había sumado esa espeluznante acción a un repertorio de insidias que se había prolongado hasta el hartazgo. Sin dudas, se trató de un mal orientado sortilegio que desató un terminal disgusto en Francisco Simbago quien, tras oír esa seca explosión y a las risas afónicas que el Viejo adosó con cruel entusiasmo, suspendió la confección de las taciturnas figuras que extraía de la materia inerte.

Bloqueó sus mohines, y se levantó de su banqueta para preguntarle que le ocurría... ¿por qué tenía esa morbosa inclinación a hacerle daño?

Arrastrando a su mente por exacerbados perjuicios, Simbago murmuró que todo había sido culpa suya, y que este dejaba las cosas pendientes o dentro del desconcierto. Ya no quería poner en práctica a sus perspectivas descorteses, ni se atolondrarse en sus disciplinas que clamaban por la extinción de lo espontáneo.

La sumisa perplejidad de Sambigo se había transformado en algo que rozaba al odio; su situación económica había alcanzado el afortunado punto en el que ya no necesitaba las impenetrables arengas del Viejo.

Por esas razones Simbago le pidió que se vaya no sólo del taller, sino también del país; su esperanza consistía en que encontrara refugio en el extranjero.

Francisco había sido zaherido en su dignidad, y se había hartado de los crueles tratos del que había sido su maestro, por lo que se paró firme, con la frente fruncida, y un dedo sobresalió a su extendido brazo con la finalidad de señalarle la dirección a la puerta.

Antes de irse, el Viejo le exigió a Francisco Simbago que le pidiera perdón para reestablecer las armonías perdidas: el joven debía reconocer que le había fallado, y que si se desviaba de sus enseñanzas se desarraigaría. Simbago había decidido cortar toda correspondencia con ese hombre que recibiría asilo en una Casa para hombres mayores y trastornados; ahí pasaría tranquilo el tiempo que le quedase de vida, observando detrás del

vidrio de una ventana a las transformaciones múltiples que acumulaba una mínima superficie de un jardín. Tendría una habitación en cuya mesita de luz no faltaría un vaso de agua, al lado de la pared en la que se empotraría un espejo.

Simbago se deshizo del Viejo; a fin de cuentas, éste no era el geómetra universal que había asegurado ser, sino un simple artesano cuyas predilecciones habían pasado de moda. Un hombre detenido en el tiempo que creía contar con la dignidad de un demiurgo. Lo había auxiliado en algunos convencionalismos, nada más, e insistía en algunos tópicos que no tenían mayor repercusión.

Sin su presencia, Francisco continuó reproduciendo globos de metal, mansos objetos artísticos, y esculturas que al bruñirlas largaban sinfonías de luces. Despachó una producción rápida y obvia, sin la adusta actitud de quien había sufrido una humillación.

Los meses se tornaron apacibles, el artista equipó mejor a su estudio, y se compró una casa con fuentes y piscina. Gastó sin complejos durante esos tiempos de bonanza, haciendo valer la personalidad que era.

Sin hesitar, mantuvo fidelidad a la indicación del Viejo de que el arte estaba más allá de cualquier asunto baladí, y jamás imaginó que la separación con éste formaría parte de una cuestión impaga.

Sin embargo y de acuerdo a las precisiones que me brindó Andrea Vínillo (cuya mirada se llenó de brillos oscuros), el Viejo les había relatado un episodio desagradable, y les aseguró que podía hacer que se pudra el corazón de Francisco sin necesidad de tocarlo (en ese momento, intervine pidiéndole encarecidamente que no leyera en forma errónea aquello que este habría dicho, ni le hiciera interpretaciones frívolas).

Para tranquilizarla, Francisco le explicó que las maledicencias de ese hombre aparte de ser una agónica expresión de deseos, se trataron de un show.

III

El Viejo se fue del taller donde enseñó su oficio a Francisco Simbago con enojo y fatiga, para acabar acortado y soñoliento en el recuerdo de la pareja. Sus distorsionadas conmisericordias, los violentos enfoques con que expoliaba a lo que lo contradecía, y su miserable desnudo en hacerlos sufrir, habían desaparecido como por arte de magia. Ahora sería propagada la verdadera obra de Simbago, aquel artista que se negaba a cosificar o cuantificar al arte, y apelaba a deliciosos diseños con que un instinto que se sobreponía a cualquier hastiosa investigación.

Así, la felicidad se instaló como la sombra de las paredes de la casa, y sus ocupaciones cotidianas treparon libres como las verdes enredaderas que llegaban hasta la azotea por los espacios de cal. La pareja no tuvo sustos, ni provocaciones y discordias, ni presagios de que caerían en la bestialidad. Ninguno echó de menos al Viejo con sus extrañas rapiñas de palabras y tensas interpretaciones. Ya no escuchaban a alguien que pedía que en cada maniobra estilística se arriesgase al alma. Tampoco había que rendir pleitesías. Imaginaron a su imagen en algún geriátrico, dentro de un subrepticio salón donde proseguiría con malas maneras enseñando artes plásticas a otros viejos que serían principiantes.

A través de la ventana, Francisco vio cómo se esmerilaban algunas plantas del jardín, y conjeturó que pronto nada quedaría del Viejo al que asimiló a los yuyos, aquello súbito y vago que crecía en el espacio sin respetar las prerrogativas de vegetaciones más bellas y esforzadas (al Viejo no le sobraba el tiempo de acuerdo a las delaciones a cara descubierta que desde siempre efectúa la biología).

Después de una larga y desmañada contemplación de un remoto jardín, el hombre se perdería en la nada, o bien se arrojaría a la cama exhausto, incapaz de sacarse de encima a sus pesados palabreríos.

Ocurrió que, a mitad de uno de esos meses de irrefutables emociones, fue emplazada como una severa noticia la mortalidad de Francisco. La revelación fue escueta y delicada, pero tuvo la fuerza de un terremoto.

Eso tan horrible llevó a Francisco a simplificar sus proyectos, y a reducir los antiguas rencores o cualquier latente esbozo de rivalidad. Su compasión se instauró a partir de enormes angustias, de la procesión interior de un hombre que ya no se sentía apto para mezclarse con las multitudes. ¿Acaso no fue el Viejo quién le dijo que antes de que termine ese año volvería para arrancarle el corazón con pinzas? ¿No había creído, que así cómo conducía a los hombres hacia lo esencial de arte, también tenía el potencial de empujarlos por senderos que no admitían los retornos?

El médico Juan Dosse de la Clínica Massedeo de Rinnes le había reseñado a Francisco un informe que no incluía nada alegre y lo distanciaba automáticamente de los demás. Lo hizo poniendo presión en unos pocos vocablos que levantaron una blancura que al artista se le pegó en la cara. Entonces, Francisco efectuó una decorosa negación a partir de una circunstancial alianza con la temporizadora falsedad.

El doctor recortó algunos consejos que no socavaron la actitud realista con que encaró al asunto. Y desde ese exacto momento Francisco se preguntó con fiereza por qué se contrarió con el Viejo, por qué se dejó llevar por sus peleas que no tuvieron asideros lógicos. ¿Acaso no toleró a su aspecto desgarrado, sus estancados y quejosos hábitos, o a los

descascarados crujidos de su voz? ¿Por qué se enfureció cómo un loco, en vez de reconfortarse porque los años no habían mermado sus energías ni a su huesuda tozudez?

Francisco emprendió su búsqueda con las ansias de llevarlo de regreso al atelier, y preparó afables discursos de bienvenida como cabales testimonios de que su actitud sería insobornable; le diría que se hallaba trabado en insondables dilemas y que lo necesitaba, o que se distrajo con pormenores que lo bifurcaron de la concepción general.

Llamó a un número de teléfono con el fin de recordarle que ya habían pasado las guerras, estaban en otro siglo, y no existían los problemas que antes fraccionaron a la región. Pero nadie respondió; ese silencio le hizo temer que los límites se habían vuelto invencibles.

En seguida fue a parques en donde lo distinguiría fácilmente entre las espesas capas de gente que lo atravesaban, y aún en desbordados grupos de mendigos creyó encontrar su milagrosa identidad, pero se desvanecía frente a pasmados rostros en el preciso instante en que se les acercaba casi hasta tocarlos.

Francisco se mentalizó en hallar al Viejo que no tenía metas ni rumbos fijos, pero sí un atado de viejas carpetas que transportaba con prolija presuntuosidad. Falazmente, creyó que lo había recuperado en una laberíntica galería de arte, esquivando a decenas de personas que lo saludaban con alharacas. Esa frustración lo deshonró y razonó que si no hallaba al Viejo se condenaría solo.

Francisco Simbago encogió sus hombros con tristeza frente a las fugaces sombras qué terminaban no perteneciendo al Viejo.

IV

Sin poder reconciliar esa cuestión con la que bregaba su impaciente aliento; Andrea Vínillo invirtió muchas horas para descubrir las causas de ese meollo. En la calle miraba de derecha a izquierda, ensayando en esquinas en donde él solía fustigar a la impostación; se lanzó a investigar en áreas densamente transitadas y que sin cesar arrojaban resultados negativos.

No se autorizó a separar lo real de lo imaginario, porque quería preservar por un tiempo a la coherencia de su delirio; a la exclusión del Viejo la intentó explicar cómo un confuso acto más que cómo un bochorno moral, y también como un impasse, porque según sus optimistas cálculos el río volvería a correr por sus previsibles cauces.

No me lo insinuó, sino que efectivamente me dijo que el mal que afectó a Francisco encontraba su explicación en la detración que le había

organizado ese hombre. Andrea no forcejeó con su conciencia al aducir que poseía una irrefutable prueba.

El Viejo les había inducido a creer que las multifacéticas riquezas proporcionadas por el arte, no se nutrían del deseo, sino del dolor. Andrea se exasperaba y no paraba de hacer groseras enumeraciones. Crear, era un arma de doble filo, puesto que en su definición ineludible impartía como una excelencia al sacrificio (y nunca habría convivencias pacíficas entre los cisnes y las águilas”).

En el siguiente minuto Andrea me reveló de manera irreflexiva: "Dany, el Viejo fue el causante de la enfermedad de Francisco".

Frente a esa afirmación analice que era natural que, con semejante volumen de incertidumbre a cuestas, mi amiga se hubiera enemistado con la lógica. Según ella, el Viejo no sólo había arruinado por un lapso a las sosegadas rutinas de Francisco, sino que además le dejó su desgraciada impronta en la salud.

Le señalé que esa estimación me parecía tan sólida como una ley que regiría a los números que salen ganadores en la lotería. Y sin pensar demasiado, agregue que eso era un disparate.

Pero Andrea dijo que, según el Viejo, cualquier indisciplina (es decir, retozar en contra de sus mandamientos) merecía un castigo irreversible.

Durante ese monólogo construyó visiones maníacas de las que no era insospechable que fueran sistemáticos escamoteos de la realidad. Por lo demás, ella continuaba con sus trabajos contables sin una pizca de extravagancia o estupidez. Habíamos ido juntos a la secundaria, nuestras madres eran muy amigas, y estas me encomendaron que la aleje de la depresión.

Habíamos recorrido la parte baja de la ciudad, y nos sentimos molidos al no encontrar al Viejo. No hallamos un solo ámbito en el que su voz se hiciera audible, machacando con crudeza a la estrecha contigüidad del arte con la vida.

Nos habíamos impuesto destrabar al destino que se disparó ó tras la evanescencia de ese hombre, pero no lo encontrábamos a pesar de rastrear los honrosos lugares en donde sus obras habían sido expuestas. Ahí nos topábamos con las creaciones de otros pintores, quienes nos aseguraron que le habían dado un verdadero color modernista al arte que no estaba a tono con las recalcitrantes versiones del Viejo. Y no se fiaban de él ya que aseguraban que su estela había sido un zigzagueo aterrador (se infundieron de algún rencor, o bien aquello equivalió a autocráticas

rebeldías).

Nuestros pasos no resultaron provechosos, y pasadas unas escasas horas, ansiaba apostatar de esa pesquisa que me había sido impuesta. Nos fijábamos bien en las calles y los sitios que solía frecuentar, preguntando a los vecinos por ese quejoso, y a veces malicioso, hombre. En vano les pedíamos pistas, nociones, o cualquier atisbo que surgiera del ensueño o la fantasía. Que el mundo entero se olvide del Viejo, eso sería materialmente imposible, pero los murmullos evasivos de esa gente nos incomodaron.

No dejamos fracción de la ciudad sin revisar. Anduvimos por pavimentados kilómetros sintiendo al peso de los impasibles edificios. El calvario se extendió hasta que se delineó el cuarto menguante de la luna.

No habíamos encontrado nada a excepción del resquemor que produjo la llegada de anochecer.

Habíamos agotado todos los sondeos basados en los dominantes usos y costumbres, y ya acariciaba las llaves (que estaban en el bolsillo del pantalón) con las que abriría la puerta de mi departamento. Por cierto, que nuestra extenuación no era un embrujo, sino el resultado de haber recorrido un considerable número de localidades. Fue tal mi involucramiento que hasta hice vanas llamadas telefónicas al exterior con la esperanza de que el Viejo estuviese rondando por las galerías de arte de otros centros urbanos.

Fuimos hasta el auto de Andrea que estaba dentro de un erosionado playón de estacionamiento, y le dije que debía olvidarse del Viejo. Lo mejor sería no husmear más en sus vestigios, sino usar la imaginación para inventarle un digno final.

Andrea debía tomar a su ausencia con filosofía, porque esta de ningún modo había dependido de su intervención. Me era evidente que cada persona tiende a culparse, a adjudicarse responsabilidad sobre aquello que se sucede en el vasto universo. A esto, bastante semejante a un consejo, se lo exprese con energía como si de mi garganta fuera un sonoro altavoz. Y la zarandeeé como una inmensa ola que se rompe sin preaviso en el apretado muelle sobre el que uno se puso meditativo. Al final ella aceptaría que las cosas se gobernaban con justicia o no, pero siempre por sí mismas, y le afloraría aquella innata cualidad de la mente, que permite que todo, absolutamente todo, fuera puesto en las márgenes mediatas del olvido.

- "Olvidar, por más que se enfaden los psicólogos, siempre fue una inexorable bendición, porque la única victoria real que se conquista en

cada día, es sobre el ayer", le dije.

Entonces, Andrea me confesó que de acuerdo a una oculta insania, o simplemente debido a la amplitud que se otorgaba de cometer errores, Francisco había firmado un contrato con el Viejo en el que convertía a éste en la figura tutelar de su vida.

Ese documento prometía "un cielo o un infierno de acuerdo a los efectos estéticos que produjeran los montajes de las obras". Aludió a ese absurdo como si fuera un tramo incidental de la conversación, aunque lo consideró algo conclusivo.

Para ella, el contenido de ese texto no se sustentaba en un despreocupado simbolismo, sino que fue redactado con una seriedad que nada tenía que ver con lo truculento. Después de aseverar que el Viejo anticipó a la sanción como un ejemplo de lo esplendido, admitió que, si bien sus deducciones no encontraban asidero en la razón, tampoco la tergiversaban. Y no me dijo eso de golpe, sino prendiendo en su voz a una vacilante dulzura. Estaba segura que la entendía y no caería en la tentación de reírme.

- "Por seguir a su loca profesión de fe en el arte, Francisco aceptó ese arreglo que a una persona juiciosa no le hubiera cerrado. Repito: ningún hombre común haría un trato en el que pusiera como capital a su sangre, pero por haberlo juzgado un inofensivo papel (le dio la impresión que esos párrafos eran insignificantes porque no incluían cláusulas monetarias), Francisco lo firmó. No lo sé Dany, según ese contrato el éxito o la miseria eran categorías intercambiables que subían por los aires y reventaban como pompas de jabón. Te lo digo en serio: no fue una convención simple, sino una formalidad dramática que ni en broma hubiera debido refrendar. Por cierto, hasta entonces no había obtenido ganancias de su trabajo a pesar de las felices predicciones de los que percibían su talento", me dijo Andrea en aquella tortuosa noche de octubre.

No me escandalicé ni eso me sonó a atónitos desenfrenos, pero le repliqué que la tensión y el esfuerzo por encontrar al Viejo fue lo que en verdad había echado el cimiento de esas perturbaciones. Y no cambié la temática, ni temí al vago resentimiento que se instala dentro de uno debido a la involuntaria posesión de un turbio saber. Mi urgencia se concentró en no confrontar a sus creencias, y darle mi apoyo. Le expliqué que, sin dudas, existían coincidencias singulares que en verdad no merecían ser tomadas en cuenta, o al menos (consideré) no sería inteligente hacerlo. "La vida es una sucesión de armonías rotas", le dije, "y si se quiebra un espejo eso no significa que caigan siete años de mala suerte."

Andrea me reiteró lo que había dicho, sumando qué había buscado ese documento entre los índices de las galerías, los catálogos de las piezas que se vendieron, e incluso en las cartillas de un recital dramatizado con

los mejores poemas de Lupo Allares, que con Francisco había escuchado en el auditorio del Teatro Municipal. Y con una sonrisa que me erizó la piel, fingió estar sorprendida que yo no estuviera al tanto. Le parecía claro que le resultaría imposible deshacer la nocividad que la rodeaba, si no rompía a ese infame documento. Después de suspirar me dijo:

-“Me sumergiré en una bruta reclusión en el taller para escudriñar una vez más, y así demostrarte que esto no es una locura. Ese nauseabundo escrito tiene que estar en los lugares en que el Viejo guardaba sus cosas. Revolveré cada rincón, y cuando lo encuentre ya no te tentarás más a reírte”.

En nuestros semblantes se notaba el cansancio. A las once y media de la noche nos separamos. Regresé a mi hogar sin pensar mucho en lo que me había dicho. Un poco más tarde me llamó por teléfono para decirme que no lo encontró, y que ya se había acostado sobre el ancho margen de la cama. Consistentemente la noche no había consentido en clarificar las cosas.

“Tal vez ese pliego maldito fue despedazado”, me dijo con la confianza de que con ese comentario recuperaría a su usual imagen de cordura. Antes de despedirse hizo otra alusión al Viejo, pero a su voz la reprimió con un bostezo muy largo.

Finalmente, caí rendido en mi cama con la convicción de que los pesados traqueteos de ese día al fin habían terminado. En pocos minutos me convertiría en un soñador que ya no tendría que detectar amenazas en los cielos que sólo de vez en cuando se encaprichaban con tormentas.

Fin